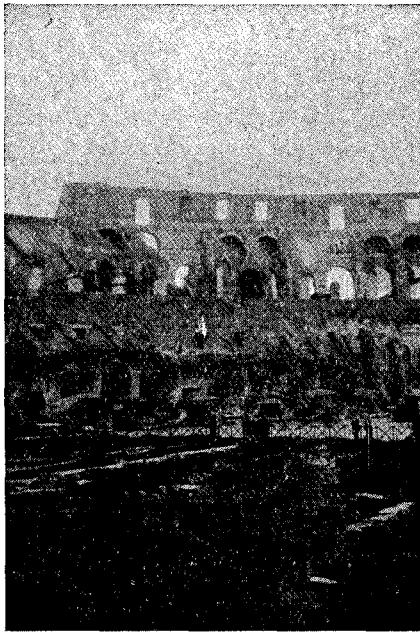


VIA CRUCIS

«Era en primavera y últimas semanas de Cuaresma. Al atardecer los peregrinos nos reunimos ante la ingente mole del «Coloseo»,... aquello era Roma, la invencible, la señora del Mundo que creyó borrar de la Tierra hasta el nombre «cristiano». Hoy sobre las arenas del circo en ruinas se levanta una gran cruz de madera, como una venganza de los gladiadores; ya anochecido penetramos, llevando sendas velas encendidas, en el antiguo y gran circo que ofrecía un insospechado aspecto. Alrededor sobre las mutiladas graderías, resplandecían varias antorchas iluminando fantásticamente el recinto; llenos de intensa emoción empezamos la práctica del Via-Crucis dando la vuelta pausadamente a las arenas. ¡Con que propiedad se meditaban los dolores de Cristo en su Pasión allí donde después de Él sufrieron también crueles martirios por su amor tantos miles de cristianos en los fastuosos espectáculos de la pagana Roma! Con vera contrición suplicábamos al adorable Redentor que por su pasión sagrada perdonara una vez más al pobre pecador. Después de la última estación contemplando al Señor precisamente



Notas de un peregrino.

encerrado en el sepulcro, desaparecía la paradoja de aquellas palabras de la Secuencia pascual: «Cristo muerto reina vivo». Al agruparnos, ya de noche, cabe la Cruz que preside el edificio recordando la victoria del Redentor, entonando el himno: Cristo vence, Cristo reina; Cristo impera, diría oírse como un profundo rugir de fieras... encendidas varias luces rojas de bengala se tiñeron de púrpura las grandiosidades del circo; pareció que la sangre de los millares de cristianos empapada en las arenas que pisábamos, se hubiera, milagrosamente, hecho brillante y resplandeciente en testimonio de su triunfo eternal. Enfervorizados

algunos peregrinos nos postramos al suelo besándolo, buscando humedecer nuestros labios en aquella sangre gloriosa, inyectarla a la nuestra y convertirnos como ellos en cristianos fervientes hasta el heroísmo, mientras las últimas notas del himno extinguíanse en la nocturna oscuridad...»

Verdaderamente, Cristo reina, ayer, hoy y siempre.

P. Clará

Malgratense: Suscríbete y propaga «VOZ»

Remembranzas del Carnaval

Son las 3 de la tarde. La plaza y sus alrededores van llenándose de gente que afluye de todas partes de la villa. Abundan los disfraces; pocos sin careta.

No faltan: el que va dentro de un caballo de cartón, relinchando y saltando, abriéndose paso en medio del público, y los de «la figuereta», vestidos con un capote, quizás de su abuelo o bisabuelo, ciñéndose la cintura con una ristra (forc) vacía, de ajos o cebollas; el zurrón colgado en la espalda, y un par de cañas o bastones. Cuando aparece un disfraz que llama la atención por su humor o ridiculez, el griterío de risas y carcajadas llega a ensordecer.

La gaita, «coixinera o cornamusa»: Una mesa con dos sillas encima, adosada a la pared del popular establecimiento de «Anton Lai-lai», sirve de tablado a los músicos que son: «en Benet Daragó» el de la «coixinera», y «en Quim de Mas Gabaitx», de Tordera, con su caramillo (flabiol) y tambor (timbal), sentados o a pie derecho, tocando sardanas y contrapases. Algunas veces el público reclama a «en Quim» que toque un baile con el caramillo.

Al oscurecer, la plaza va vaciándose. La mayoría de gente acude a los locales y salas de baile: el Casino, la sala de la plaza, algún año el Tívoli y, posteriormente, a «cân Soliva».

Después de la cena, otra vez a la plaza a saltar un poco, pero con menos concurrencia. La fiesta queda reducida a los locales cerrados, para presenciar los bailes de máscaras y mascarones.

«La burra té sed i gana»: El lunes y el martes, los organizadores de la fiesta salen por la mañana en un carro tirado por un borrico algo enjaezado y acompañados de los dos músicos. Algunos de ellos van disfrazados de mujer y no llevan careta.

En el carro llevan un tonel, donde echan el vino que les dan o encuentran en el porrón que, como es costumbre en las casas, dejan sobre la mesa; y un cesto o capaz grande, para los huevos o tocino (cansalada) y van gritando: ¡la burra té sed i gana!

Los músicos van tocando. Al oírlos salen algunas personas de edad, que en aquel momento se sienten jóvenes, y bailan alguna sardana o contrapás, recordando tiempos pasados que ya no volverán.

X.